

## Comunicaciones

### La dialéctica sujeto/mundo en *Anima mía*, de Carlos Marzal

Marta Beatriz Ferrari  
Universidad Nacional de Mar del Plata

#### Resumen

Carlos Marzal (Valencia, 1961) es uno de los poetas españoles de mayor renombre en estas dos últimas décadas. El propósito de esta ponencia es acercarnos a su último poemario *Ánima mía* publicado en el año 2009. Como veremos en este trabajo la escritura poética de Marzal adhiere a una vasta genealogía que arranca en el siglo XVII, con la elección de un tono de voz próximo a la contención y la reducción que caracterizaran al barroco tanto hispánico como sajón. Más que de lecturas o influencias, Marzal prefiere hablar de la voluntad de “unir ciertos nombres al suyo propio”. Así, desde la publicación de *Metales pesados*, libro bisagra en su trayectoria escritural, hay que mencionar los nombres de San Juan de la Cruz y Heráclito, Hiedegger y Tertuliano, Emily Dickinson y George Santayana, Manrique y Juan Ramón Jiménez, Bécquer y Miguel Hernández, José Hierro, John Keats y Horacio. Como veremos a lo largo de este trabajo, *Anima mía* es un libro de síntesis, de madurez y aprendizaje, de amoroso entendimiento con el mundo; un libro que se orienta hacia el tono celebratorio, el del canto de alabanza y la cadencia himnica de visos claramente neorrománticos.

**Palabras clave:** España - poesía - pensamiento - celebración

*“Podría ser la muerte  
-bien podría-  
no volver a ordenar el mundo amado.  
Tal vez la única muerte verdadera”*

Carlos Marzal

El propósito de esta lectura es acercarnos al último poemario de uno de los poetas españoles de mayor renombre en estas dos últimas décadas, Carlos Marzal (Valencia, 1961); me refiero a *Ánima mía*, libro publicado en el año 2009.<sup>1</sup>

“¿Por qué no podrían las cosas ser enormemente absurdas, fútiles y transitorias? Lo son, como nosotros; y a ellas y a nosotros nos va muy bien juntos”. Ésta sería aproximadamente la traducción del epígrafe del filósofo George Santayana que Carlos Marzal elige para abrir este libro. Frente a la eterna dialéctica entre sujeto y mundo, entre “ánima mía” y “anima mundi”, la vocación de este libro es la de la síntesis: defender la convicción de que no existe entre ambos órdenes confrontación ni enfrentamiento alguno, no hay lucha ni tensión sino armonía, conformidad y, sobre todo, amoroso entendimiento. Esta reformulación de la siempre conflictiva relación entre el yo y la realidad no supone una aceptación acrítica del mundo, por el contrario, desde las palabras de Santayana se nos alerta del carácter insignificante y contrario a la razón y a la permanencia de las cosas del mundo; y es precisamente el entendimiento amoroso de todo ello –porque para el autor conocimiento y amor son dos palabras sinónimas (De la Fuente, s/n)– el que invita a que sujeto y mundo puedan -y deban- llevarse bien juntos; puedan y deban entenderse.

Desde los mismos márgenes del texto, en la dedicatoria del libro –“*Para Ángeles, Ángela y Carlos: animae dimidium meae*”– el autor repone parte del verso de la Oda I, 3,8 de Horacio en la que se ruega a la nave que lleva a Atenas a su amigo Virgilio: “Oh nave que me debes/ a Virgilio, confiado a ti, suplico/ que me lo traigas incólume de la tierra ática/

<sup>1</sup> La numeración de las páginas corresponde en todos los casos a la siguiente edición: Marzal, Carlos (2009), Barcelona: Tusquets.

y protejas al que es *la mitad de mi alma*" (24, las cursivas son mías), expresión que revela ese grado máximo de intimidad implícito en el amor y en la amistad, en el amor de la amistad.

La esencia inmaterial que define al "ánima" queda semánticamente saturada por la reiteración de adjetivos, expresiones e imágenes que aluden a ella, así leemos del carácter "leve" o "sutil" del mundo y del sujeto que lo habita, de la sensación de estar "a merced", de estar "en vilo" o "pendiendo de un hilo". Dominio de la levedad y de la fragilidad que contrasta paradójicamente, con el deseo de anclaje en una férrea adhesión vitalista: "Puede que esté prendido en alfileres, pero he cristalizado en lo que vivo:/ el diamante infrangible de lo humano" (28).

Los poemas avanzan desde el tono de la oración o la plegaria hasta el exaltado canto de celebración afirmativa hacia la vida –"Hoy tengo la apetencia repentina/ de asentir a este mundo,/ sin reservas" (101)– emprendiendo la búsqueda de la sencillez en la que el milagro de la existencia se revela; camino que el sujeto reconoce como un des(aprendizaje): "Quiero aprender a deselaborarme" (102). Este encendido canto a la libertad que supone, a la vez, un salir de nosotros mismos lo lleva a indagar en formulaciones conragramaticales que incluyen la transgresión de la lógica discursiva: "Descamisemos/ a nuestro más vestido;/ descorbatémoslo de tanto nudo/ como lo tiene ahogado, con el aire/ que todo lo enrarece en la garganta" (144).

Pero esta realidad que celebra el sujeto marzaliano y a la que adhiere con "una devoción sin condiciones" (41) es una realidad atravesada, como querían los románticos, por lo sagrado. Lo advierte muy bien Enrique García-Máiquez al afirmar que "los cincuenta y nueve poemas de *Ánima mía* se visten de un aura casi sacra y un exuberante léxico litúrgico" (s/n). Será entonces el "sol de extremaunción", el que "unge de claridad cuanto rozaba,/ a mayor gloria, en paz, de su belleza" (26), "el fuego, un ángel más" (77), el mar, "la carne inmemorial que unge la carne" (78), la pereza es sagrada (78), vivir es "nuestro estado de gracia" (87) y el encuentro sexual se reviste de un carácter sacramental. Asimismo, la escena bíblica reaparece en uno de los poemas más intensos de todo el libro, "La paloma y el charco", en el que se fusiona "Lo liviano y lo plúmbeo./ El diluvio y el mensajero humilde" (48), el episodio crasamente real y la dimensión especulativa que lleva al sujeto a pronunciarse en un verso de enunciación negativa pero de rotunda afirmación semántica: "No me defrauda nada de la vida."

Al igual que en la estética barroca, el claroscuro domina la construcción de este libro; junto a los tonos de exaltación celebratoria hallamos poemas de un exacerbado tono amargo como el titulado "Uña de muerto" en el que el manifiesto sinsentido de la existencia no cancela, sin embargo, la experiencia del aprendizaje: "aprender mi lección en el espanto./ La uña del muerto es nuestra fuerza absurda./ Se abre paso la vida/ hacia la vida" (138). El autor encuentra siempre un contrapunto que, o bien equilibra el fiel de la balanza, o bien lo inclina decididamente hacia el lado de la vida:

Me siento muy identificado con el realismo trágico y vitalista. Y no por comprobar que el mundo es terrible lo dejo de amar. La lucidez no está reñida con la insensatez del amor. Mi poesía, a pesar de los pesares, siempre termina glorificando el mundo y la vida. Soy un firme seguidor del optimismo radical de Nietzsche", afirmaba su autor. (Ojeda, Alberto, s/n)

Si en ocasiones se nos propone el camino místico del desasimiento y la purificación –"A veces nos conviene desasirnos,/ (...) desalojarnos,/ deshauciar nos de casa por un fuego/ que limpie de impurezas nuestra casa" (55)–, o la búsqueda de la ataraxia estoica –"La templanza/ de estar entre las cosas sin anhelo"–, este ascetismo no niega nunca la vida mundana, por el contrario, se trata de una mística carnal, de un momentáneo entrenamiento para luego gozar más plenamente de la vida con todas las apetencias: "Y regresar al mundo, voraces,/ con más ansias" (56).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Claude Le Bigot reconoce en la poesía escrita en Francia un retorno al lirismo que bien valdría para caracterizar la escritura del propio Marzal: "A la altura de los años 80, asistimos al surgimiento de un nuevo lirismo, fruto de la

Pero ¿por qué hablamos a propósito de este libro titulado *Ánima mía* de la expresión latina atribuida a Cicerón, “Anima mundi”? En principio, porque Marzal parece adherir sin ningún afán sistemático al planteamiento que Platón desarrolla en el *Timeo* respecto del universo; allí leemos: “Así, pues, al final del razonamiento verosímil, hay que decir que el mundo es realmente un ser vivo, provisto de un alma y de un entendimiento, y que ha sido hecho así por la providencia del dios” (28c/30c, 1134). Como el alma individual anima al ser humano, el alma del mundo -el *nous*- sería ese puro espíritu etéreo que anima a toda la naturaleza, entidad única y tangible que contiene, a su vez, a todos los seres vivos del universo; se trataría, entonces, de la intuición romántica de la vida de las cosas. Efectivamente, en este poemario son varios los símbolos que el poeta emplea para referirse a esa energía vital para el hombre y el mundo. Una de las presencias constantes en el libro es la de la luz, plasmada reiteradamente en la luz del sol y en la del fuego como leemos en el poema “Tea”, auténtica invitación a morir consumiéndose en la encendida incandescencia de la vida (103). También el agua, la que pule la realidad tras la tormenta (117), lluvia que purifica del dolor del mundo, es la música primigenia del universo. Pero más allá de estas fuerzas elementales de la naturaleza, el autor reconoce como auténticos motores del universo a ciertas pasiones o sentimientos humanos, el amor y la alegría. En la línea de la Oda de Schiller, “Alacridad” se titula uno de estos poemas y en él ese grado mayor de la alegría es una fuerza -“Es pura alacridad/ lo que hoy me empuja” (67), una disposición del ánimo: “En el alba/ del alma,/ completa alacridad de estar viviendo” (68) que no halla expresión sino en la experimentación y el desborde léxico. Simultáneamente, el impulso amoroso, causa primera, fundamento de todo cuanto existe supone también la huida del solipsismo, la apertura al otro y al mundo: “En mi mundo no cabe / tanto amor mío a todo/ como tengo” (41).

Efectivamente, en el pensamiento poético de Marzal, entre sujeto y mundo, entre “ánima mía” y “anima mundi” no existe confrontación alguna sino recíproca participación del uno en el otro. Hombre y universo comparten una común naturaleza incierta; desconocidos por igual, ambos conjeturales e hipotéticos, este saber lleva al sujeto a exclamar irónicamente: “De manera que soy/ universal al ciento por ciento de mi ser”. (95) Esta poética repone un auténtico romance, una bodas místicas al estilo del *Cantar de los Cantares*, entre el sujeto y el mundo: “Ha acudido a su cita el mundo amante,/ para el amado fiel, entre las sábanas” (90). En entrevista con Alberto Ojeda, el autor declaraba:

Nuestra relación con el mundo no tiene un sentido único. Se establece a partir de roces, caricias, tropezones, encontronazos... Yo soy un huésped bastante agradecido de este mundo. Me considero un privilegiado. La tarea de vivir debe consistir en procurar ser felices, en sobreponerse a todas las conspiraciones que tratan de impedirlo. Y la literatura debe tener como función sagrada hacernos la vida más agradable, más intensa y, en definitiva, más feliz. (s/n)

“Yo suscribo todas las teorías del alma, como ese calor, ese alimento que es vital para el hombre; pero como escritor, para mí, el alma es la escritura, el lenguaje en funcionamiento, eso es el alma” (Tapia, J.L. s/n), afirma Carlos Marzal en una reciente entrevista. Efectivamente, este es, sin lugar a dudas, el libro más autorreferencial de cuantos ha escrito. Quizá el arranque del siguiente poema cifre la clausura tautológica de la autorreflexión: “¿Qué me levanta en medio de la noche,/ mientras que me desvelo en

*‘poesía de pensamiento’* y de una crítica del textualismo que había menoscabado la experiencia humana que latía detrás de la escenificación de la escritura” (7). Con anterioridad el crítico francés hacía referencia a una concepción del texto poético como “un modo de pensar”, “sometido a una experiencia ontológica”. Y añade una nota más a este nuevo lirismo: “Una forma de sacralidad sin trascendencia (...) un lirismo despojado de la utopía y de lo sublime, y que obliga al poeta a jugar con la precariedad. Trátase de mantener a flote el canto desde el desencanto, o el sentimiento de lo maravilloso frente a la ausencia de maravillas. Entre perorata y sorna, el lirismo hoy en día expresa una sumisión al inacabamiento, lastrada por una disposición no ejercida hacia lo sublime.” (8)

duermevela,/ y me hace transcribir, como un poseso,/ el jeroglífico en donde me pregunto/ qué me levanta en medio de la noche?” (65). Aquí la palabra poética es el *logos* del mundo; el Verbo, su “ánima”. Palabra que da nacimiento al mundo, que lo revela al expresarlo, desde la mirada siempre asombrada de un sujeto dispuesto al descubrimiento: Si sé lo que escribir,/ jamás escribo./ Si escribo es por saber lo que sabré,/aquello que aparece/ al descubierto,/mientras uno lo escribe,/ y se desnuda/ sólo para nosotros,/ y no aparece más en lo desnudo”.

El oficio de escribir, como en libros anteriores, adquiere un valor terapéutico, balsámico, como lo expone en el poema “Sanación” donde la palabra poética se transforma en sagrado sortilegio verbal: “Cuando llegan las nubes, me repito:/ no han llegado las nubes. Y no llegan.” (51), porque se trata de la palabra que “adviene”, anunciada por “el ángel de un poema”. Sin embargo, la perplejidad se adueña del sujeto que, en ocasiones, se reconoce reducido a ser un *medium*, un transcriptor, un escriba –“¿Quién me dicta/ lo que escribo al dictado de unos ecos/ que utilizan mi voz para decirse?” (65)– o “el calígrafo de nadie” (66); tendencia contra la que el sujeto se rebela –“No quiero ser el escriba de mí mismo” afirmaba el autor en entrevista con Alberto Ojeda (s/n)- porque para él la poesía sólo puede ser incertezta, asombro y descubrimiento.

Una de las obsesiones del sujeto marzaliano que se extreman en este libro es la búsqueda y la indagación en el sentido de las palabras que es, en última instancia, indagación en el sentido de la realidad, “Pasar al otro lado del sentido,/ para poder ponerme en salvaguarda.” (63). Así asistimos a la indagación en el proceso que va del pensamiento a la escritura como se expone en “Sintaxis”, ese ordenamiento de las palabras que es, a la vez, un modo de ordenar el mundo a través de un lenguaje, el poético, que otorga un plus de realidad a lo real: “La alegría, si no escribo alegría, no es perfecta,/ y cuando ya lo he escrito, se me brinda/ la realidad, alegre, para el brindis” (51). El sujeto busca como en la poética juanramoniana, que lo por él nombrado se eleve hasta su nombre –“Yo levanto/ el tallo de la flor en esta urdimbre/ en que se alza la flor a sus palabras:/ huele más en su nombre la camelia/ que la camelia misma” (70).

Si el auténtico significado del “ánima” es para el autor la palabra o el lenguaje poético en funcionamiento, este lenguaje se vuelve equiparable al “logos” –en el sentido evangélico del Verbo–, palabra y acto creador por excelencia, principio universal que anima y gobierna el mundo. La palabra poética se propone, entonces, como un nombrar primordial guiada siempre por la experiencia del extrañamiento. La mirada virgen del yo se proyecta sobre las cosas dispuesta al asombro de quien ve la realidad por vez primera: “A punto de estrenarme,/ de nacer,/ recién lavado y tierno para el mundo” (110). El desborde léxico al que se apela sistemáticamente en este libro resulta así un modo más de intentar tensar hasta el extremo las capacidades expresivas del lenguaje poético. El tono de este poemario abandona la contención y la sobriedad verbal de libros anteriores y se sumerge decididamente en la exploración de las potencialidades de un lenguaje metafórico que se apropia de todos los recursos de la alta retórica: desde el trabajo conceptista para el tramado semántico del verso hasta los juegos aliterativos y el gusto exacerbado por las formas esdrújulas, pasando por los retruécanos, la desarticulación de frases hechas, la acuñación de neologismos o la tematización de arcaísmos.

En ocasiones el conceptismo marzaliano desbarata o deconstruye minuciosamente lo enunciado en un verso: “Este saber de perro no es de perro,/ ni tampoco de hombre:/ no es saber./ Es el haber sabido desde siempre:/ nada importa,/ y lo importante es eso”. (107) Y el autor es plenamente conciente del significado y la funcionalidad de este tipo de procedimientos:

Tiendo a lo paradójico y tiendo a la contradicción verbal. Muchas veces, una vez enunciada una idea, me da la impresión de que no es para tanto, de que no hay que afirmarla con tanto ímpetu, que en el fondo todo puede verse por el envés, que se le puede dar la vuelta. (...) Tiendo al conceptismo por gusto lector y por temperamento. (...) Por otro lado, el conceptismo es un sistema corrosivo. Se crea un objeto verbal pero, como sucede muchas veces, detrás de lo barroco hay

una fantasmagoría, hay humo. (...) Lo barroco y lo conceptista son métodos que disuelven, que corroen, pero también es así la vida y es así el mundo. (Eire, 2005: 255-256)

El autor se propone agotar las capacidades expresivas de cada palabra, multiplicar su semántica, tensar hasta el extremo la gramática pero sin llegar nunca al estallido del sentido porque en esta poética la legibilidad y la inteligibilidad siguen siendo, con todo, una prioridad. En esta misma línea encontramos la acuñación léxica, un cierto preciosismo en la selección semántica guiada, quizá, por los valores fonéticos de los términos –serpiginoso, infrangible, trasminar, perfusión, sólito, alacridad, septembral, tósigo, atabal– y el gusto por los arcaísmos.

Libro escrito con cuidadoso esmero en el que ya no resultan tan reconocibles las huellas de las lecturas de su autor porque él mismo ha procedido desbrozando tradiciones, materiales y retóricas, enunciado desde una voz depurada, decantada y de tono equilibrado, fiel siempre a la pauta rítmica de la musicalidad, *Ánima mía* es un libro de síntesis, madurez y aprendizaje.

### Bibliografía

De la Fuente, Manuel (2009). "El poeta es un ciudadano del lenguaje, un huésped de las palabras".

<http://lavozenlamemoria.blogspot.com/2009/04/ciudadano-del-lenguaje-huesped-de-las.html>

Eire, Ana (2005). *Conversaciones con poetas españoles contemporáneos*. Sevilla: Renacimiento.

García-Máiquez, Enrique, "We go very well together". <http://www.poesiadigital.es/index.php?cmd=critica>

Horacio (1973). *Odas- Epodos*. Madrid: Espasa-Calpe.

Le Bigot, Claude (2005). "La poesía francesa en la encrucijada: entre herencias y tanteos". *Zurgai* Nro: 12 (diciembre).

Marzal, Carlos (2009). *Ánima mía*. Barcelona: Tusquets.

Ojeda, Alberto (2009). "Carlos Marzal: no quiero ser un escriba de mí mismo". [www: El Cultural.es](http://www.ElCultural.es) 23/02/2009

Platón (1979). *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.

Tapia, J. L. (2009) "Suscribo todas las teorías del alma". Granada: *Ideal Digital*, 2 de junio de 2009.

### Datos de la autora

Marta B. Ferrari (Argentina, 1960) es Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente e investigadora en la cátedra Literatura y Cultura Española II (UNMDP). Ha dictado seminarios de Posgrado para el Doctorado y la Maestría en Letras.

Es autora de los libros: *La coartada metapoética*. José Hierro, Angel González y Guillermo Carnero (2001), *Jon Juaristi o la inocencia fingida* (2004), *Poesía española del 90. Una antología de antologías*. (2008), *Vivir con las palabras. Poesía y pensamiento en Carlos Marzal* (2010) y editora del volumen *De la letra a la imagen. Narrativas posfranquistas en sus versiones filmicas*. (2007). Es autora de varios capítulos de libro y de más de cincuenta artículos publicados en revistas especializadas del país y del exterior, entre ellas, *Hispanic Journal* de Indiana University of Pennsylvania, *Iberoamericana* de la Universidad de Heidelberg, la revista española *Insula*, *Voz y Letra*, *Tropelías*.

Ha participado como expositora en más de 40 Congresos Nacionales e Internacionales y ha sido invitada como especialista expositora en 4 de ellos.

Ha dirigido Becarios de Investigación, dirigido y co-dirigido proyectos de Investigación. Ha sido Evaluadora de Concursos Docentes así como en convocatorias a Becas de Investigación; es miembro de Tribunales examinadores de tesis de Grado y de Posgrado.